



Símbolos

por José Fernández Tabera

Aunque a veces ni nos damos cuenta, los símbolos sirven en nuestra vida para recordarnos cosas que nos han ocurrido con anterioridad y que de manera sencilla nos recuerdan realidades muchos más hermosas y grandes: una foto, un video, serían formas de símbolos modernos que nos recuerdan personas o momentos vividos y que quedaron recogidos en una cinta magnética, rollo de película o si es más reciente, en unos datos matemáticos grabados en un ordenador.

Dentro de nuestro contexto de fe, los símbolos fueron tan trascendentales en la historia del pueblo de Dios que le fueron impuestos para que pudieran recordar lo que Él había hecho por ellos. Las fiestas, el arca de la alianza... y más tarde el pan y el vino como símbolo de Jesús mismo y su obra.

Hemos puesto en nuestra comunidad, durante nuestras reuniones, en una mesa en el centro tres objetos, tres símbolos. No es que estas cosas sean necesariamente las mejores, pero quizás son las más adecuadas para nosotros en estos momentos. Posiblemente en otros momentos las cambiemos, o al menos alguna de ellas.

También en este número:

Se pueden hacer también...	2
Renunciar y disfrutar	5
Sobre superhéroes y salvación	6
Noticias de nuestras iglesias	7
El libro de 2 Corintios	8

La primera es la Palabra de Dios, la Biblia abierta como símbolo del Dios que ha hablado, que nos habla y que seguirá hablando a su pueblo por los siglos. Como símbolo del Logos, de Jesús encarnado.

La segunda es una cajita donde cada uno libremente pondrá su ofrenda y representa la pequeña parte (casi siempre demasiado pequeña) que desenvolvemos a Dios de lo mucho que de Él recibimos.

El tercer símbolo, sobre el que quiero reflexionar un poco más, ya que es el último que hemos incorporado, es el de una vela. En recuerdo de la afirmación de Jesús: «Vosotros [los discípulos, la iglesia] sois la luz del mundo» (Mt 5,14).

Podríamos haber puesto una bombilla o un gran foco eléctrico, pero eso no nos representaría tan adecuadamente como una pequeña vela. De hecho cuando esas palabras fueron dichas, nadie pensaba en otra cosa que no fuera en una pequeña llamita de una lámpara de aceite.

Como mínimo este símbolo a nosotros, Comunidad Menonita de Málaga, nos recuerda dos cosas:

1ª. Nuestra debilidad, (apenas somos 14 personas), nuestra vulnerabilidad, como la de la vela, frente a las inclemencias del tiempo. Una leve brisa, el aliento de una persona, serían capaces de apagarla.

2ª. Nuestra dependencia de Dios y su misericordia. Sólo por ella podemos seguir adelante. Si miramos nuestras fuerzas, nuestra fe, nos hundimos en el mar —como Pedro cuando dejó de mirar a Jesús para mirar las olas.

En nuestros días, ¿quién se acuerda de las velas aparte de los alemanes, a quienes les gustan tanto para decorar?

Cuando oscurece en nuestras casas, con sólo tocar un interruptor, se enciende una potente luz. Pero ¿qué hacemos cuando por una avería nos quedamos sin corriente eléctrica? No sé vosotros, pero yo tengo en casa por algunos cajones casi olvidados, unas cuantas velas. Y que útiles son en estos casos. O ¿qué hacemos cuando vamos al campo en alguna casa apartada donde no llega la electricidad? Unas cuantas velas nos permiten verlos y poder movernos sin tropezar con todo lo que nos rodea.

Pero, ¿podemos hacer algo para que esa pequeña velita sea menos vulnerable? En la época anterior a Edison cuando la gente necesitaba iluminación en el exterior, en las calles o en los carruajes, ponía la vela protegida por uno o varios vidrios que permitían que la luz saliera e iluminara hacia el exterior y a la vez impedía que el viento y la lluvia pudieran apagarla.

Así nos sentimos como comunidad. Vemos cerca de nosotros otras lámparas más potentes, menos vulnerables, y damos gracias a Dios por ellas. Pero en vez de lamentarnos de nuestra situación queremos experimentar ahora, en nuestra debilidad, que la misericordia y el cariño de Dios son especiales con aquellos que no sienten la tentación de la autosufi-



Foto: Rickydavid, en flickr.com

ciencia. Al mismo tiempo, pedimos a nuestros hermanos que nos protejan y nos defiendan, con sus dones, de las inclemencias externas que pretendan apagar esta pequeña llama.

Esta imagen de la vela me llevaba a pensar también en que nadie enciende una vela o una bombilla a pleno día —a excepción de los alemanes, como ya dije—. Su luz es nula frente a la

claridad que el sol nos proporciona. Pero qué importantes se vuelven cuando llega la noche, en medio de la oscuridad.

Así que según la afirmación de Jesús: «Vosotros sois la luz del mundo» —refiriéndose a los discípulos en general y aplicándonos a los grupos locales en particular— ya seamos un potente foco de 2000 W, ya seamos

una pequeña y débil vela, la realidad es que cuanto mayor sea la oscuridad, mayor sentido tiene una simple vela. Y cuando miramos a nuestro alrededor somos conscientes de cuán grande oscuridad nos rodea. Por tanto pedimos a Dios nos permita ser ese poquito de luz que ayude a despejar un poco las grandes tinieblas que nos rodean. Amén.

Se pueden hacer también otras cosas

Fue para mí un Jueves Santo inolvidable. Cuando llegamos al salón donde íbamos a celebrar la Cena del Señor, nos encontramos con una gran cruz —del tamaño real para crucificar a un hombre— en el suelo del salón; y muchos clavos y dos o tres martillos alrededor de la cruz. Tras una breve lectura de la escena de la crucifixión en uno de los evangelios, se nos invitó a considerar que fueron **nuestros** pecados los que clavaron a Jesús a la cruz. Y con esto en mente, se nos invitó a clavar un clavo en la cruz (o añadir algunos martillazos a los que otros habían dejado a medio clavar).

Al principio me pareció «artificial» y «manipulado». Pero viendo la emoción de los que clavaban, decidí hacerlo yo también.

De repente empezó a temblar mi mano que sujetaba el clavo sobre el madero mientras con la otra levantaba el martillo. Di un golpe que me pareció que hacía un eco sepulcral en todo el salón. Otro golpe y las lágrimas empezaron a surcar mis mejillas. Otro golpe y otro más, y todo mi cuerpo se sacudía con los sollozos. Décadas más tarde es imposible recordar aquel acto simbólico sin que se me agarrote la garganta. Sólo simbólico —ya lo sé. Pero, ¿por qué «sólo» un símbolo y no «todo» un símbolo?

Casualmente —o tal vez no tan casualmente— cuando recibí el artículo

«Símbolos», de José F. Tabera para *El Mensajero*, tenía en mente escribir sobre la reivindicación de algunas posibilidades litúrgicas y simbólicas que echo a faltar en la forma de culto contemporáneo evangélico. Aunque quizá, antes de hablar sobre las cosas que echo a faltar —estas «otras cosas» que también podríamos hacer en nuestras reuniones— debería empezar por reconocer el valor de lo que sí hacemos.

Me consta que en las cuatro décadas transcurridas desde que primero conocí el movimiento carismático —que nos acercó, a los cristianos de otras corrientes, a lo que venían experimentando desde principios del siglo XX nuestros hermanos y hermanas pentecostales— la experiencia del culto dominical evangélico ha sufrido una revolución importante. Para empezar, los «coritos» y demás expresiones musicales breves y repetitivas, con estilos musicales contemporáneos, aportaron a la música de la iglesia —todo de golpe—una sensibilidad popular, muy diferente del lenguaje musical tradicional de los himnos evangélicos. Nuestro estilo himnico derivaba fundamentalmente de la Reforma (siglo XVI) y los «avivamientos» de los siglos XVIII y XIX. La guitarra primero; luego también la guitarra eléctrica, el bajo, la batería y el teclado; aportaron otros sonidos—mucho más próximos al gusto popular— y muy diferentes de lo que se venía entendiendo anteriormente como «música sacra». Ésta consistía hasta entonces ante todo de las voces —al unísono o en armonías corales—



y el órgano de tubos (sustituido, donde no había medios económicos, por el humilde *armonio*).

De vez en cuando algún cantante de música cristiana vuelve a rescatar alguno de aquellos himnos antiguos, que siguen compensando su música francamente anticuada, con letras muchas veces magistrales, llenas de significación teológica. Desde luego que había también himnos malos, con teología deficiente, así como hoy también hay que aguantar mucho corito malo, con letras narcisistas o llanamente heréticas. Resulta refrescante recordar algunos de aquellos largos poemas cantados, con sus rimas y estrambillos y un sinfín de versos, que desarrollaban los pensamientos y los abrían a la meditación. Sin embargo hay que admitir que nuestra música cristiana contemporánea —cuando se hace bien— es uno de los más maravillosos dones que el Señor ha derramado sobre la Iglesia en estas últimas décadas.

Otro avance importante es la reivindicación de la espontaneidad de la oración. Esto también lo aprendimos de pentecostales y carismáticos, que venían orando a voces todos a la vez sin complejos, confiando que Dios es perfectamente capaz de prestar atención sin confundirse en medio de tamaño barullo. Desde luego existían antes «reuniones de oración», donde cada uno hacía un pequeño discurso con sus rogaciones y peticiones —y había muy poco de alabanza o expresiones alborozadas de amor y adoración de Dios. La recuperación de la alabanza como lenguaje esencial de la oración es una de las revoluciones más maravillosas que hemos vivido desde mediados del siglo pasado.

A la vez, hay otras cosas que también se pueden hacer.

De hecho, si nos atreviéramos a descubrirlas y explorarlas y reconocer su valor como expresión de fe y devoción a Dios, hay dos milenios de tradiciones litúrgicas de los cristianos, desde las iglesias orientales en lugares como Irak y Siria y Egipto y Rusia, hasta las muy diversas iglesias de aquí en Occidente. Mucho nos engañamos si descalificamos de bulto, como pura formalidad sin contenido espiritual verdadero, las formas de culto que infundieron vida y esperanza —y hondo amor a Cristo— a la larga sucesión de generaciones que nos precedieron. Desde luego que hubo mucho tradicionalismo vacío de autenticidad. Pero es imposible negar que con las

formas contemporáneas también se puede pecar de vacuidad e insinceridad. Tenemos que confesar que cualquiera forma, cualquier estilo, cualquiera manera acostumbrada de hacer las cosas, puede bendecir a los que son puros de corazón o en cambio, también, realizarse con el corazón y la mente en otra cosa, lejos de Dios.

En las comunidades de fe anabaptista, entendemos que hay dos símbolos —que no sacramentos— esenciales para la vivencia de la fe cristiana: el bautismo de creyentes (por decisión personal propia) y la Cena del Señor. Sobre la Cena hay diversidad de opiniones en nuestras iglesias en todo el mundo. Algunas concuerdan con Michael Sattler (mártir anabaptista del s. XVI) que opinó que debía celebrarse todo lo frecuentemente que fuera posible (por ejemplo, cada semana). Algunas se van al extremo contrario y prefieren hacer de la Cena un acto de solemnidad sin igual —precedido de la confesión mutua de pecados en una asamblea de miembros— a celebrar solamente en Semana Santa.

Otros dos símbolos son más o menos frecuentes en iglesias de nuestra confesión: ungir a los enfermos con aceite —intercediendo por su curación— en imitación de la costumbre que describe la carta de Santiago; y ágapes celebrados con mayor o menor frecuencia, donde cada uno trae algo que comer y se pone todo en común. Habría que recuperar también, quizá, otro acto que solía celebrarse antaño en relación con la Cena del Señor: lavarnos los pies unos a otros (según la instrucción de Jesús en Juan 13). La

iglesia menonita de mi niñez tenía todo el equipamiento necesario para ello: un buen número de palanganas o jofainas, donde se iba echando agua templada; y suficientes toallas como para ir las cambiando conforme se quedaban húmedas.

Como todas las confesiones cristianas, tenemos también una oración: el Padrenuestro. Antes solíamos rezarlo de memoria; ahora suele hacer falta imprimirlo o proyectarlo en pantalla, por la diversidad de traducciones existentes. Como mínimo queda bonito integrarlo a la celebración de la Cena del Señor. Algunas de nuestras comunidades (ninguna en España, que yo sepa) prefieren rezar el Padrenuestro en todas sus reuniones.

José F. Tabera nos invita a considerar otros tres símbolos sencillos situados en el centro de la asamblea: una Biblia abierta, una cajita para las ofrendas, una vela encendida.

Deberíamos saber incorporar a nuestro culto imágenes y actos simbólicos que «ministren» a nuestros sentimientos e imaginación de muchas maneras diferentes.

Siguiendo ese ejemplo, podemos explorar mucho más el mundo de lo simbólico, de lo pictórico, de la representación. Recuerdo una época en nuestra iglesia en Burgos cuando mi esposa, Connie, nos iba cambiando de tanto en cuanto unos cuadros —todos de un estilo parecido, similar al de las vidrieras de las catedrales— con diversos símbolos: un «camino estrecho» que conducía hacia el horizonte, unas trompetas que invitaban a alabar con algarabía, una tumba vacía... ya no recuerdo del todo los temas, pero nos hizo por lo menos cinco o seis cuadros diferentes.

Desde que la fe bíblica nos prohíbe toda representación de la deidad —



porque está de sobra comprobado que tales imágenes tienden a acabar siendo reverenciadas en sí mismas de una manera supersticiosa— el culto cristiano evangélico tiende al predominio hegemónico de **las palabras**. La riqueza de la diversidad de estilos musicales con que cantamos abre nuestra sensibilidad a las distintas influencias sobre nuestro estado de ánimo que ejercen las diversas armonías y ritmos. Asimismo, deberíamos saber incorporar a nuestro culto imágenes y actos simbólicos que «ministren» a nuestros sentimientos e imaginación de muchas maneras diferentes.

Recuerdo un retiro de varios días junto a la costa del océano. Al empezar la primera reunión se nos invitó a todos a ir junto al mar y cada cual recoger una piedra que simbolizara las cargas con que veníamos al retiro. Algunos cogieron enormes piedras que les costó Dios y ayuda traer al salón de reuniones. Otros, algún pequeño canto rodado que les cabía sin esfuerzo en la palma de la mano. Amontonamos todas esas piedras en el centro del salón de reuniones, como símbolo de que dejábamos nuestras cargas a los pies de Cristo. El día siguiente, nos dieron a todos una pequeña vela para que las encendiéramos y las dispusiéramos todas sobre el montón de piedras, representando la luz de Dios en medio de nuestras cargas. El último día, nos invitaron a coger cada cual su piedra y tirarla al mar, simbolizando que Dios nos liberaba de esas cargas.

Un poco de imaginación, otro poco de creatividad, algo de inspiración del Espíritu —qué duda cabe— y el resultado fue un retiro inolvidable.

—D.B.

Paraguay 2009

Sigamos juntos el camino de Jesucristo

por Larry Miller

Para llamar la atención, el lema de un congreso no debería ser más largo que siete palabras —opinó el experto en comunicaciones—. Para «vender» un evento, el lema tiene que tener «chispa» —añadió el experto en *marketing*. ¿Demasiadas palabras? ¿Falta chispa?

No cabe duda de que el lema escogido para Paraguay 2009, «Sigamos juntos el camino de Jesucristo», no tiene un gancho seductor ni generará publicidad memorable. Pero lo que de verdad queremos saber es si es una señal en el camino de nuestra vida juntos en la comunidad del Congreso Mundial Menonita antes, durante y después de la XV Asamblea en Asunción.

En el primer cristianismo ese camino se conocía —precisamente— como «el camino del Señor (Hch 18,25 RV95). Mujeres y hombres acudían a una para seguir a Jesucristo y se entendía que al hacerlo, eran «de este Camino» (Hch 9,2).

Hoy, si te interesa hallar este camino, no lo busques con Google o Yahoo. Ve directamente al Nuevo Testamento, abriéndolo en Filipenses 2,1-11 —el texto fundacional sobre unidad y servicio que hemos escogido para Paraguay 2009. No son muchas palabras. Justo la chispa necesaria. Se trata de un himno cristiano primitivo (Fil 2,6-11), que nos insta seguir el camino de Jesucristo hacia la unidad de los cristianos.

El deseo de unidad en la iglesia se

está extendiendo y profundizando. El llamado a la unidad en la comunión mundial empieza a resonar cada vez con mayor claridad e insistencia. Los textos seleccionados por el comité que organiza el programa, nos proponen predicaciones durante Paraguay 2009 que exploren cómo este anhelo puede cumplirse si nos reunimos según el ejemplo y la oración de Jesús, que luego siguieron los primeros cristianos: Filipenses 2,1-11; Juan 17,16-26; Hechos 2,36-47.

Pero existe un problema. El camino de la unidad es también el camino del servicio. Más exactamente, según Filipenses 2 y Marcos 10,35-45 (otro texto que probablemente figure en el programa en Paraguay), se trata del camino del «siervo», es decir el «esclavo». ¿Y quién en la iglesia quiere seguir el camino de la esclavitud?

«Completad mi gozo» —escribió Pablo a aquellos cristianos de Filipos que discutían entre sí acaloradamente, por mucho que pertenecieran al Camino. Aunque tal vez no sea el mejor de los lemas publicitarios, las palabras del lema para Paraguay 2009, si las ponemos en práctica en nuestras comunidades —a nivel local y a nivel mundial— no cabe duda que provocarán mucho gozo, tanto en nosotros como en Dios.

—Larry Miller es el secretario general del Congreso Mundial Menonita. Para estar al corriente de los preparativos para Paraguay 2009, nada mejor que la web del CMM: <http://www.mwc-cmm.org/es/>

Atardecer sobre el Río Paraguay



Renunciar **y** disfrutar

por José Luis Suárez

En una ocasión, un periodista que había seguido la vida de Gandhi con admiración durante años, le preguntó: «¿Podría decirme en tres palabras en qué consiste el secreto de su vida?». Gandhi no pudo resistir el desafío y respondió sonriente: «¡Si! Renunciar **y** disfrutar».

Cuando leí esta historia hace un par de años, me impactó enormemente la respuesta de Gandhi. Conocedor del interés de Gandhi por la vida de Jesús, cómo estuvo apunto de hacerse cristiano, no pude evitar pensar si su respuesta al periodista no la había sacado de la vida y enseñanza de Jesús.

Es por ello, que empecé una reflexión bíblica acerca de esta paradoja de la vida y he aquí donde he llegado:

1. Renunciar

Descubrí que el concepto de renuncia es uno de los elementos claves en la enseñanza y vida de Jesús. Quiero citar algunos textos bíblicos a este respecto, aunque considero que no sería necesario, porque me atrevo afirmar que la mayoría de los cristianos los conocemos de memoria. Sugiero que se lean los versículos, relacionándolos con su contexto.

- *Porque estrecha es la puerta y angosta la senda que lleva a la vida, y pocos son los que la hayan* (Mt 7,14).
- *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16,24).
- *Si un grano de trigo no cae en la tierra y muere, seguirá siendo un solo grano; pero si muere, dará fruto abundante* (Jn 12,24).
- *Las zorras tienen madrigueras y las aves de los cielos nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza* (Lc 9,58).
- *Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todas sus posesiones, no puede ser mi discípulo* (Lc 14,33).

Todas estas afirmaciones nos suenan familiares y todos hemos escu-

chado cantidad de predicaciones relacionadas. Intentamos con la ayuda de Dios, vivir la realidad de la renuncia como el precio que hay que pagar por seguir a Jesús.

2. Disfrutar

Cuando me puse a pensar en el término disfrutar, me di cuenta de que, contrariamente a lo que sucede con el de renunciar, no conocía ningún texto de memoria. Eso me hizo dudar de que existiera algún texto bíblico relacionado con el mismo. Intenté también recordar alguna de mis predicaciones, o de otras personas, o algún libro y no encontré nada, ni en el archivo de mis estudios, ni en el de mi memoria.

Pero cuando me puse a buscar en la Biblia, me quedé sorprendido de la cantidad de textos sobre este tema. He aquí algunas de las muchas referencias bíblicas:

- El primer milagro de Jesús que encontramos en Juan, capítulo 2, «La boda de Caná». Ocurre el milagro del agua que Jesús transforma en vino. Esto nos habla del disfrute de la vida.
- Todas las curaciones de Jesús apuntan a ese deseo de Dios, de que sus criaturas disfruten de la salud.
- La «Parábola del hijo pródigo» nos habla del padre que prepara la mejor ropa, el anillo, el calzado y el becerro gordo para terminar diciendo: «comamos y regocijémosnos». Más tarde, encontramos la música y la danza (Lc 15,11-32).
- Jesús mismo es acusado de comedor y bebedor: *Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe y dicen: Mirad un hombre glotón y bebedor* (Mt 11,19).
- Jesús dijo en Jn 10,10: «Yo he venido para que tengan vida y vida en abundancia».
- El libro del Apocalipsis nos narra, en el capítulo 19, el anuncio de la gran fiesta del final de la historia,



Foto: www.mundialdetango.gov.ar/images/fotos

de las bodas del Cordero. Y el capítulo 21 nos habla del cielo nuevo y tierra nueva donde todo será disfrutar por toda la eternidad.

Conclusión final

La gran paradoja del «Renunciar **y** disfrutar» es el centro de la fe cristiana, porque no es otra realidad que la muerte de Jesús (renunciar) y su resurrección (disfrutar). Los cristianos estamos llamados a vivir estas dos realidades juntas. El «**y**» de Gandhi es una palabra que une. Muchas veces en nuestras creencias y vivencia de la fe, acostumbramos a vivir el «**o**» que separa, en lugar del «**y**» que une. Para la reflexión personal: ¿Mi vida es una vida de *renuncia **y** disfrute*?

Teniendo en cuenta que el disfrutar es una realidad no tan común como el renunciar dentro del cristianismo, me he propuesto realizar una serie de reflexiones mensuales en *El Mensajero* sobre los elementos prácticos que nos pueden ayudar a disfrutar de esa vida abundante de la cual habla Jesús en el Evangelio de San Juan 10,10.

- El próximo mes: **Vivir con menos**

Sobre superhéroes y la salvación

Nunca olvidaré una frase que escuché a Wilbert Shenk, que a la sazón era el responsable para Europa de la misión menonita que nos sostenía en España. No sé si la idea era original suya o tal vez citaba a algún otro: «Si la gente no cree en Dios y en Cristo, no es que no crean nada, sino que se creerán cualquier cosa».

No deja de sorprenderme la multitud de películas y series de televisión —y libros de ficción— donde el tema de fondo es la necesidad de salvación que padece el mundo (o la civilización o la galaxia). La respuesta no es otra que la aparición de un superhéroe con poderes extraordinarios. En algunas de estas obras de ficción se explora de formas interesantes y originales el problema fundamental del mal. O cuestiones como la tentación, el poder, la violencia legítima, etc. En algunos casos los superhéroes padecen limitaciones especiales o problemas personales que vienen a ser el terrible contrapeso de sus poderes extraordinarios para bien de la humanidad.

Frecuentemente hallamos en estas historias la influencia de la narrativa de los evangelios: Antes de la victoria gloriosa e inimaginable, primero el superhéroe deberá padecer la derrota. Excepcionalmente —pienso en las películas de Matrix y en Harry Potter— para vencer primero hay que morir. (En esos casos hay que suponer que los autores se han inspirado más a fondo en la historia de Jesús como trama narrativa.)

En ningún caso existe Dios en estos mundos ficticios; aunque lo que sí hay —muy claramente— es dios o dioses. Al fin de cuentas, estos superhéroes con sus poderes especiales vienen a equivaler, para todos los efectos, a los dioses de las mitologías paganas. Aquellos dioses eran seres superiores al ser humano, pero su poder se entendía limitado, aunque siempre superior al nuestro. Ayudaban a la humanidad a combatir el crimen, la corrupción política, las invasiones extranjeras y en general, el Caos Universal. Superhéroes, vamos. Los dioses de los cananeos y griegos



compartían con James Bond 007 otro rasgo singular: una libido extraordinariamente desenfrenada.

Recuerdo con cierta nostalgia la saga de la prolífica obra de Isaac Asimov. Aparte de libros de divulgación científica —y alguna otra serie de novelas— Asimov por un lado escribió una serie de novelas sobre robots. Luego por otra parte empezó una «trilogía» sobre un Imperio galáctico —basado en el descubrimiento de fórmulas matemáticas para predecir el futuro— que fue creciendo paulatinamente con novelas nuevas. En 1986, Asimov (que murió en 1992) ató cabos, uniendo ambas series de novelas en un único desenlace final. Allí se descubre que quien había venido guiando a la humanidad durante milenios para superar el caos de una «edad media» galáctica, no era otro que el robot Daneel Olivaw, a quien primero conocimos como un simple detective en una de las primeras novelas de Asimov, publicada en 1953.

A pesar de que Asimov era judío, en su ficción no cabía el Dios de la Biblia; aunque sí cabía este dios robótico, con su extraordinaria mente «positrónica».

Desde luego estamos hablando de obras de ficción, vuelos de imaginación que sólo una persona desequili-

brada podría tomarse con seriedad. Pero me llama la atención que la mente humana, desde el momento que destierra a Dios, tiene que inventarse superhéroes salvadores. Desde que se elige no creer en la intervención salvadora de aquel Cristo en quien y para quien toda la creación tiene su existir y subsistir (Col 1,16-17), inmediatamente se procede a desear e imaginar lo bien que estaríamos, si actuaran sobre nuestras vidas una multitud de dioses —o al menos un superhéroe para la ocasión.

Porque —por mucho que se niegue— parecería ser que hay algo en el corazón y la imaginación de la humanidad, que reconoce que estamos urgentemente necesitados de un Salvador.

Curioso, ¿verdad?

—D.B.

Noticias de nuestras iglesias

Bautismo en la playa

Alicante, 25 de Febrero — El sábado celebramos en una fría playa de Alicante el bautizo de María. Al bautismo acudieron, además de su esposo Plácido y sus hijos, el grupo que se reúne con ellos y otros amigos, varios miembros de las iglesias de Lucero y Hoyo, y también varios misioneros de los Hermanos en Cristo que estaban haciendo un retiro en Torrevieja.

Plácido leyó un pasaje del evangelio de Juan: la conversación entre Jesús y Nicodemo sobre la necesidad de «nacer de nuevo» del agua y del Espíritu (Jn 3,3-8).

A continuación, el testimonio de María, que leyó antes del bautizo:

«Como casi todos ya sabéis, mi relación con Dios no es nueva. Llevo ya años intentando seguir su camino. Con grandes momentos de confusión y pequeños grandes destellos de luz. Esa luz que en muchas ocasiones se ha enturbiado debido a mis ganas de tomar control sobre mi vida y organizar todos los detalles (cosa que me encanta). Y como Dios conoce muy bien mi afán organizador, mi pereza y mi dejadez (todo sea dicho de paso), puso en mi camino a Plácido, para que compartiéramos juntos todos sus misterios y sus promesas. Él sabía que con Plácido a mi lado no me abandonaría a la rutina de la vida sin Él. Dios sabía que a su lado iría creciendo y entregándome más y más a Él.

»No es que todo haya sido un camino de rosas. Con Plácido he sufrido también mucho, pero ese sufrimiento Dios lo ha utilizado para sí, para que creyera más en Él. Estos últimos años he estado viviendo en la duda, planteándome muchas cosas, con muchos miedos... un poco en la oscuridad. Y gracias a Plácido (pero sobre todo a Dios) he vuelto a sentir otra vez esa confianza y ese amor que Dios me tiene más profundamente. Gracias al cambio que Dios ha hecho en Plácido, sobre todo en nuestra relación y con los niños, he creído. Ha querido primero transformarle a él, para poco a poco ir cambiando cosas en mi vida,



cosas que te atan y te atrapan, que cuando las sueltas, respiras; por ejemplo, me ha enseñado a perdonar de verdad, a terminar con viejos y nuevos rencores que me amargaban, llenándome de una gran paz y de un gran gozo.

»Tengo que dar gracias a Dios porque ha cuidado siempre de mí (aunque no me diera cuenta). Siempre ha puesto a gente muy valiosa en mi camino, de la que he ido aprendiendo un montón. No me ha dejado olvidarme de Él. Todos y cada uno de vosotros (y alguno más que falta) me habéis enseñado más de Él. Con vuestras palabras y vuestro caminar me habéis ido alentando para que esa desconfianza poco a poco se fuera transformando en confianza y abandono a Su cuidado.

»Por todo esto (y más) voy a dar hoy este paso, porque lo siento. En estos momentos tengo claro que donde quiero poner mi confianza es en Dios y es Él quien quiero que guíe mi camino porque sé que me ama y no me pediría nada de lo que no sea capaz de hacer.

»Como sabéis todos, a mí me bautizaron de pequeña. Pero hoy quiero hacerlo consciente del paso que doy, como una opción de vida que elijo libremente por Amor. ¡Cómo podría negarme a hacer algo tan sencillo que

Dios nos pide a cambio de la promesa tan impresionante que nos ofrece!»

—A. González, en www.anabautistas.org

Visita a Vigo

Connie y yo (Dionisio) tuvimos el privilegio de visitar a los hermanos de la Iglesia de Horeb el primer fin de semana de marzo. Entre las novedades que hallamos, nos contaron que en el local que alquilan, también se reúne una iglesia pentecostal compuesta mayormente de inmigrantes brasileños. Pudimos asistir a un acto público organizado por éstos. Nos resultó inspiradora la visión y el celo por la evangelización manifestado por aquellos hermanos, con medios muy limitados, pero convencidos de la importancia de celebrar actos donde se predica el evangelio y se invita a la gente expresamente a recibir a Jesús como su Señor y Salvador y sanador. No pudimos menos que reflexionar que algunos otros —con muchos más medios (técnicos y económicos) a nuestra disposición— quizá estemos flojeando en la intensidad de la fe en que cuando el evangelio se predica, obrará cambios en los oyentes.

Al margen de eso, nuestros hermanos en Vigo —como suele ocurrir en todas partes— han de hacer frente a dificultades y agradecerán nuestra intercesión en oración.

Valga esa mención, entonces, para recordarnos a todos que uno de los principales efectos positivos que puede tener nuestra vinculación fraternal como comunidades menonitas y Hermanos en Cristo y afines en España, es que nos «cubramos las espaldas» unos a otros en ferviente intercesión ante Dios.

—D.B.

Los libros de la Biblia

2 Corintios

Cuando hace unos cuarenta años empecé a leer asiduamente la Biblia, me llevé una primera impresión de que la insistencia con que Pablo defendía la valía de su ministerio apostólico resultaba contraproducente. Me parecía que Pablo dedicaba demasiados versículos en 2 Corintios a defenderse a sí mismo, robando protagonismo a verdades más «profundas» y «espirituales» que yo esperaba descubrir en la Biblia.

A la postre algunos años más adelante, decidí que el caso era al revés: Empecé a preguntarme qué clase de gente ingrata era ésta, que en una iglesia fundada por Pablo hacían caso omiso de su enseñanza y autoridad. La impresión que me producía era que nadie había sabido aceptar la auténtica valía de San Pablo hasta que, póstumamente, empezaron a coleccionar sus escritos y atesorarlos como auténticas perlas de sabiduría divina.

Últimamente veo la cuestión de una tercera manera. He llegado a la conclusión radicalmente contraria a mis primeras impresiones sobre lo que está en juego en el argumento de Pablo en 2 Corintios. Aquellas «verdades más espirituales» que me parecía que quedaban arrinconadas por la autodefensa del ministerio de Pablo, veo que aparecen con singular claridad precisamente en esa defensa. Pablo no se defiende porque se sienta personalmente ofendido o marginado sino porque lo que teme es que se esté perdiendo de vista **a Cristo**.

Los cristianos corintios querían adorar a Cristo como encarnación gloriosa de Dios y no caían en la cuenta de que Cristo no había sido una encarnación «gloriosa» sino singularmente «deshonrosa» y humilde según los valores comúnmente aceptados. Cristo había sido un «varón de dolores», rechazado y repudiado por todos, negado por sus propios discípulos, entregado a traición al odiado conquistador romano por sus propios hermanos judíos, crucificado por los romanos a sabiendas de su inocencia intachable —porque nadie consideró

que su vida tuviera el más mínimo valor ni la más mínima honra ni dignidad humana.

En aquella era no tenía nada de extraordinario imaginar que los dioses pudieran tener hijos con mujeres humanas. Desde hacía milenios es más o menos lo que venía diciendo la propaganda estatal acerca de los monarcas. Luego había leyendas y mitos sobre figuras heroicas —Hércules, por ejemplo— descendidos de algún dios.

Al parecer, entonces, estos cristianos de Corinto habían asumido con naturalidad la proclamación de Cristo como Hijo de Dios.

Pero lo habían hecho sin reevaluar a fondo lo que significa que Jesús de Nazaret —la figura histórica que conocemos por los evangelios, con su particular biografía y forma de morir— sea ese Hijo. Porque si ese Jesús resulta ser auténticamente Hijo del Dios Altísimo y todos los demás pretendientes a hijos de los dioses no son más que fábulas para engañar a las gentes crédulas, resulta que la gloria de la deidad ha escogido manifestarse en la pequeñez y humildad y deshonra de este mundo, que no en las cortes imperiales ni en superhéroes mitológicos.

Y si esto es así, no hay nadie tan singularmente capacitado por el Espíritu para ejercer como apóstol, que una figura como la de Pablo, de apariencia poco imponente, enfermizo, que vive —como los esclavos y los pobres— con el trabajo de sus propias manos. Un hombre perseguido, encarcelado y objeto de burlas en todas partes, expulsado de las sinagogas, desacreditado por sus hermanos judíos y sin «enchufe» con las autoridades. Es precisamente en la debilidad de Pablo que se ve, con claridad diamantina, el poder y la magnificencia de la gloria de Dios y de Cristo. Un poder y una gloria **contrarios** a los que este mundo reconoce y admira.

Entonces lo que está en juego si se cuestiona la apostolicidad de Pablo, es que se reconozca la naturaleza de la

gloria y el poder **de Cristo**, donde Dios ha escogido intervenir en la historia humana «desde abajo», desde la pobreza y marginalidad, negando protagonismo a los ricos e influyentes, a los militares y gobernantes. Nada más «profundo» y «espiritual», entonces, que esta carta donde Pablo explica la naturaleza de sus credenciales apostólicas, **tan a tono** con la naturaleza del propio Cristo que él predica.

El mensaje de esta carta es de singular importancia hoy día, cuando se han puesto tan de moda en algunos círculos precisamente el tipo de «superapóstoles» que entonces rivalizaban con Pablo en la comunidad cristiana de Corinto. El mensaje de prosperidad y éxito, ejemplarizado por su propio estilo de vida como famosos con enorme *glamour* y atención mediática —codeándose con las elites capitalistas y gobernantes— es todo lo contrario al estilo apostólico de Pablo. Pero —lo que es más grave— resulta ser una negación del estilo mesiánico de Jesús, que es lo que Pablo no quería que se perdiera jamás de vista.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org